

Hungría, y una vez en la Hungría la de llegar á Rappt.

No puedo decirte lo que vi sin ser visto; pero todo lo que vi me dió la certeza de que la rigida viuda no era tan severa como parecía; y de aquí, la esperanza de que á su regreso, con paciencia y asiduidad podría obtener de ella lo que era más que probable que otro más feliz que yo lo hubiera obtenido ya...

— ¿Estaba en cinta? preguntó Petrus.

— No he dicho una palabra de eso.

— Pero me parece, tío, que si no habéis dicho una palabra de eso, es á lo menos lo que habéis querido decir:

— Mi querido Petrus, saca de mis palabras las consecuencias que quieras, pero no me pidas explicaciones. Soy como Tácito, refiero para referir y no para probar; *narro ad narrandum, non ad probandum.*

— Escucho, tío.

— Un año después, tuve la prueba evidente é irrecusable de que Lafontaine fué un gran moralista el día que dijo este axioma:

Hácen más tiempo y paciencia
que fuerza ni violencia.

— Es decir, tío, ¿ que fuisteis amante de la marquesa de la Tournelle?

— ¡ Oh! Petrus, ¡ qué mala costumbre tienes de querer hacer á las gentes poner el punto sobre la *i*; ¡ es de la peor sociedad esa exigencia!

— No insisto, tío, pero esos ramilletes que enviáis con regularidad...

— Hace cuarenta años, querido, sí; deseo, que durante

cuarenta años, la bella Regina de Lamothe-Houdon reciba un ramillete que tenga una significación semejante al que yo envío á la marquesa de la Tournelle.

— ¡ Ah! bien veis, tío, que es á la marquesa de la Tournelle á quien dais esa prueba de recuerdo.

— ¿ He dejado escapar el nombre de la pobre marquesa? Si es así, soy imperdonable en verdad; tanto más imperdonable, cuanto que mi relación con ella no duró más que algunos meses, atendido á que hacia el mes de Mayo de 1787, su majestad la reina María Antonieta me volvió á enviar con otra misión á Austria, de donde no volví en 1789, más que para dejar de nuevo la Francia el 7 de Octubre del mismo año.

Desde este momento sabes mi vida, mi querido Petrus. He viajado por América, he vuelto en 1792 á Europa, he entrado en el ejército de Condé, en el que he permanecido hasta el licenciamiento; me he establecido en Londres como mercader de juguetes de niños; he vuelto á Francia en 1818; he conseguido mi indemnización, y finalmente, he sido nombrado diputado en 1826.

Al entrar en la Cámara he encontrado en ella al conde Rappt.

¿ De dónde venía? ¿ quién era? ¿ á quién debía su fortuna? Nadie podía decirlo. Había recibido, como Catinat, su ejecutoria de nobleza, sin haberse visto obligado á hacer pruebas.

El nombre del conde, que era el mismo que el de la pequeña aldea de Hungría, que desempeñaba un papel en los sucesos de mi juventud, hizo que se fijase mi atención en mi honorable colega.

Una discusión que tuve algún tiempo después con mi antigua amiga la marquesa de la Tournelle, sobre la edad

positiva del coronel, que ella se obstinaba en rejuvenecer en un año para conmigo, la fijó.

Me puse á hacer pesquisas sobre los antecedentes del conde.

Hé aquí lo que supe.

Te prevengo de antemano que tengo todas las cosas que voy á decirte por murmuraciones, á las que te invito á que no des entero crédito.

La carrera militar del conde Rappt data de 1806, se le ve combatir de repente al lado del general de Lamothe-Houdon, en la batalla de Jena.

El coronel, conde de Rappt, es valiente, eso nadie se lo disputa, preciso es dejarle algo; se distinguió, fué hecho teniente sobre el campo de batalla, y apenas teniente, lo eligió el general de Lamothe-Houdon por su ayudante.

— Perdonad, tío, interrumpió Petrus, pero si como todo da lugar á suponerlo, el coronel Rappt es hijo de la marquesa de la Tournelle, siendo la marquesa hermana del mariscal, el conde de Rappt sería sobrino de Mr. de Lamothe-Houdon.

— En efecto, amigo mío, hé ahí cómo las malas lenguas explican sus rápidos adelantos, su favor constante cerca del mariscal, y su influencia política en la Cámara. Pero tú comprendes muy bien, que si se creyese todo lo que dicen las malas lenguas...

— Continúad, tío, os lo suplico.

— Eylau añadió un grado más á la fortuna militar del joven oficial: nombrado capitán á fines de Febrero de 1807, pudo tomarle por ayudante de campo el general de Lamothe-Houdon.

En calidad de tal asistió el 22 de Septiembre de 1808 á la entrevista de Erfurth.

Cuando te ocupes de la historia contemporánea, mi querido amigo, vendrás á preguntarme qué objeto tenia aquella paz, jurada entre los dos más poderosos soberanos de Europa, y como habitaba en Londres en aquella época, y á pesar de ser un tornero en madera, veía, en mi cualidad de descendiente de los emperadores, los hombres bastante á las claras, te diré que la Inglaterra, que se había estremecido cuando el campamento de Bolonia, tembló cuando la entrevista de Erfurth.

Había visto la India pronta á escapársele.

Pero por fortuna no tenemos que ocuparnos de esas supremas cuestiones: menores intereses nos agitan, como se dice en el Teatro Francés.

El emperador Napoleón había presentado á su amigo, el emperador Alejandro, los generales que le acompañaban, encomiando en cada uno el nacimiento, el rango ó el valor.

El general de brigada, Lamothe-Houdon, fué presentado como los otros.

Su nacimiento era ilustre, su valor proverbial.

Sólo que era pobre.

— Señor, dijo un día el emperador Napoleón al emperador Alejandro, ¿tenéis una rica heredera, de la que no sepáis qué hacer? Yo tengo un bravo para dárselo por marido.

— Señor, respondió el emperador de Rusia, tengo justamente en este momento una joven princesa, huérfana y millonaria, bajo mi tutela.

— ¿Una joven princesa?

— Sí, y lo que es raro en Rusia, una verdadera princesa de viejo tronco, de antigua nobleza, una descendiente de los antiguos Knias, no un apellido en *Off*, como nosotros,

los Romanoff, por ejemplo, que somos de la nobleza de ayer, sino un apellido en *Kya*.

— ¿Joven?

— Diez y nueve años.

— ¿Linda?

— Es circasiana.

— Me conviene á las mil maravillas. Pues bien, primo mío, os pido la mano de vuestra huérfana para mi protegido.

— Concedido, primo mío, respondió Alejandro.

Y quince días después, la princesa Rina Tchouwadiesky se casó con el general de división, conde de Lamothe-Houdon.

— Alárgame un vaso de ron, egoísta, que ni siquiera piensas en preguntar á tu tío si acostumbra á tomar algo después del café.

Deseoso Petrus de conocer el fin de la historia, se apresuró á alargar un vaso de ron á su tío, y presentarle el caliente y ardiente licor, sazonado bajo el sol de oro de la Jamáica.

CAPÍTULO X.

DONDE SE HABLA POR EXTENSO DE LAS VIRTUDES DEL
CORONEL, CONDE FEDERICO RAPPT.

El emperador no se había excedido al decir que su pupila era encantadora.

Hija de un príncipe que se había rebelado contra su soberano, y que había sido muerto en la rebelión, se había

refugiado la joven con los tesoros de su familia en los estados del emperador de Rusia, que se había declarado su tutor.

El tesoro, mitad en piedras preciosas, mitad en dinero, podía ascender á unos cinco ó seis millones.

Al regreso de Erfurth, recobró el general el palacio de los Lamothe-Houdon, que á consecuencia de la decadencia de la familia, después de haber sido arrendado, iba á ser vendido, lo hizo amueblar de una manera seductora, y por un refinamiento de galantería francesa; habiendo enviado á su ayudante de campo á visitar la habitación de la princesa Tchouwadiesky en Moscow, encargó al conde Rappt que le precediese á París para hacer que se instalase á la circasiana en el piso bajo que daba al jardín.

La llegada de la princesa Rina á París fué un acontecimiento en el mundo imperial; la bella circasiana era casi un trofeo de aquella magnífica campaña de 1807; pero nuestra vida agradaba poco á la indolente hija de Oriente; acostada todo el día sobre aquellos anchos cojines, llamados Taftas, rodaba por toda distracción en sus manos tehotky de mil granos, y semejante á una hada de *Las mil y una noches*, no vivía más que de rosados confites.

Resultó de aquella salvajería oriental, que pocas personas vieron entonces y han visto después á la princesa Tchouwadiesky.

Los que disfrutaron de tal favor salieron diciendo que era una persona bellísima, de ojos nacarados, cabellos negros y lucientes, tez mate como leche, y que seguramente el general no era el peor recompensado, asegurándosele la posesión de aquella seductora criatura y de los seis millones que le había llevado en dote de una manera más positiva que el trono de Westfalia á Jerónimo, el de España á José, el de Nápoles á Murat, y el de Holanda á Luis.

Lo que sobre todo parecía condenar á la bella Rina (que á causa de su dignidad verdaderamente real, poco á poco se concluyó por llamarla Regina), lo que sobre todo parecía condenarla á un aislamiento perpetuo ó al menos á una sociedad reducida, es que la princesa no hablaba más que el circasiano, el ruso y el alemán.

Por fortuna, el general hablaba esta última lengua de un modo que bastaba para comprender todo lo que la princesa le decía y hacerse comprender de ella: en cuanto al conde Rappt, educado en Hungría hasta la edad de diez y nueve años, hablaba el alemán como su lengua nativa.

Como comprenderás muy bien, querido Petrus, esa facultad de transmitir sus ideas en una lengua familiar á dos personas, y que sin embargo no era la lengua de uno ni de otro, los acercó entre sí.

Encuentras al conde Rappt desagradable, porque va á casarse con Regina; yo lo encuentro feo, porque á pesar mío se ha querido introducirle en mi familia y he gritado como una anguila de Melun, como un desesperado, á la idea de reconocerme padre de semejante bribón; pero todo el mundo no era de nuestra opinión, y las malas lenguas del tiempo (y había una multitud de malas lenguas en la población francesa, desde que los hombres de diez y ocho á cuarenta años casi habían desaparecido); pero las malas lenguas de la época pretendían que la mujer del general de Lamothe-Houdon no era de nuestra opinión.

Nacieron probablemente estos rumores de que el general, olvidando cada vez más la distancia que existe entre un jefe de cuerpo y su ayudante de campo, alojó al conde de Rappt, á quien amaba como á un sobrino, en su propia casa, no pudiendo, decía, separarse de un hombre cuya adhesión le era siempre tan necesaria.

Á la vuelta de la campaña y de la entrevista de 1808 que había dispuesto de su destino, la princesa Tchouwadiesky fué instalada en su retrete circasiano, y el conde Rappt en el pabellón de las flores.

Conoces ese pabellón, ¿no es verdad? Es allí probablemente donde la señorita de Lamothe-Houdon te cita para sus sesiones.

— ¿Y el conde de Rappt vive allí aún, tío?

— ¡Ah! no. Habiendo crecido su fortuna y envejecido la princesa, el conde de Rappt tiene ahora su palacio propio.

En la época en que no era más que capitán y ayudante de campo, no le tenia y vivía en la calle Plumet, en casa de su general.

En aquella época, querido, no se habitaba, se estaba como el pájaro sobre la rama; la guerra de España estaba en su fuerza é iba mal, como todas las guerras en que Napoleón no estaba; el genio de la República había muerto con los Kleber, los Desaix, los Hoche, los Marceau; no había más que un genio de las batallas, y todo entero estaba en Napoleón.

Partió éste para España al principio de Noviembre con su estado mayor.

Era el día siguiente al en que el general de Lamothe-Houdon acababa de instalarse en su palacio de la calle Plumet, y de instalar en él á su nueva esposa.

Era muy triste para una circasiana, llegada la antevispera á París, quedar allí sola en compañía de una doncella; porque siendo ésta la única persona que hablaba ruso y circasiano, y Mr. de Lamothe-Houdon y el conde Rappt los únicos que hablaban alemán, la compañía de la bella princesa se limitaba á su marido, al conde Rappt, y á la señorita Grouska.

Así que, á pesar de las instancias del conde Rappt, que deseaba hacer la campaña de España, el general de Lamothé-Houdon exigió que se quedase en París.

Era preciso alguno que aclimatase á la pobre princesa.

El deber de un ayudante de campo es obedecer á su general: el conde Rappt obedeció.

Por lo demás, la campaña fué larga: llegado á España el 4 de Noviembre, Napoleón estaba de regreso en París en los primeros días de Enero.

Austria se había sublevado.

Así se llamaba entonces la acción de un reino ó de un imperio, que declaraba la guerra á la Francia.

Durante aquella corta ausencia del general, no olvidaba éste lo que había hecho perder á su fiel Rappt no llevándole consigo, y éste por vía de consuelo, había recibido su nombramiento de jefe de batallón.

Causó alguna admiración que en el momento en que estaba ausente de las banderas fuese cuando el conde Rappt obtuvo aquel nuevo favor, tanto más notable cuanto que el joven oficial no tenía apenas veinticuatro años; pero las malas lenguas encontraron una razón para ello.

El ayudante de campo de un general, dijeron, está al servicio de su general antes de estar al servicio del emperador ó del imperio; su título de *ayudante* de campo lo indica.

En verdad, añadían las malas lenguas, que sobre todo, durante esos dos meses que el general de Lamothé-Houdon estuvo en España, fué cuando el ayudante de campo, conde Rappt, ayudó á su general.

No había perdido el tiempo el activo joven; á su paso por París encontró el general de Lamothé-Houdon aclima-

tada á su mujer, amueblado su palacio, poblado de criados, y establecido, en fin, bajo el pie que convenia á su nueva fortuna.

Decimos á su paso, porque en realidad el general no hizo más que pasar por París.

Á fines de Enero se encaminó á Baviera, donde nuestro amigo Maximiliano nos llamaba con grandes gritos á su socorro.

Aquella vez llevó el general consigo á su ayudante de campo, y la princesa quedó con su confidente Grouska.

No te contaré la campaña de 1809: ese diablo de hombre que se llamaba Napoleón, había hecho en aquella época un pacto con la fortuna; el 20 de Abril, victoria de Abensberg; el 21 de Abril, victoria de Landshut; el 22 de Abril, victoria de Eckmühl; el 23 de Abril, victoria de Ratisbona; el 4 de Mayo, victoria de Ebensberg; el 15 de Mayo, entrada en Viena; el 22 de Mayo, batalla de Essling; en fin, el 5 de Julio, á lo que creo, la batalla de Wagram, que termina la campaña.

Excusado es decir que en esta campaña de cuatro meses, desde Abensberg hasta Wagram, el general y su ayudante de campo habían hecho prodigios de valor.

Hacia el fin de la jornada, había recibido el general una grave herida.

Una bala le había tocado al hueso del muslo, y se dudó por un momento si se le cortaría ó no la pierna. Sólo lo impidió su firmeza en declarar que nada podía ser mejor que morir, pero que quería morir salvo el miembro amenazado.

El emperador, en recompensa de su hermosa conducta, no pudiendo darle á él mismo esta honrosa misión, porque yacía en su lecho de dolor, encargó á su ayudante de

campo el conde Rappt que llevase á París la noticia de la victoria de Wagram.

Partió el ayudante de campo la misma noche ; siete dias después estaba en París, donde llegó justamente en primer lugar, para anunciar la gran victoria que debía ser causa del tratado de Schœnbrunn ; pero después, como recompensa de su fatiga y de su adhesión, para recibir en sus brazos la más encantadora niña que nunca una circasiana haya dado á luz después de ocho meses y medio de matrimonio á un general francés.

— ¡ Oh ! tío mío.

— Querido, los números son números, ¿ no es verdad ? El general se casa con la princesa que le lleva su ayudante de campo el conde Rappt, el 15 de Noviembre de 1808.

La princesa da á luz la niña el 30 de Julio de 1809. Justamente á los ocho meses y medio.

Por otra parte, nada hay asombroso en eso. El código y la medicina aseguran, que puede haber partos felices á los siete meses ; con más razón, pues, á los ocho meses y medio.

El parto fué de los más felices ; y la prueba es, que la niña no es otra que la hermosa Regina, que recibió en la fuente bautismal el mismo nombre que su madre, arreglado, como lo había sido el de su madre, á la manera francesa.

— Pero entonces, tío, queréis decir...

— Yo no quiero decir nada, amigo mío, no hago más que relatar...

— Que Regina sería la hija...

— Del general de Lamothe-Houdon, eso es cosa incontestable.

Pater is est quem nuptiæ demonstrant.

— Pero tío, ¿ quién puede impulsar al conde Rappt á cometer esa acción infame ?

— Regina tiene un millón de dote.

— Pero el miserable tiene veinticinco mil libras de renta.

— Ese matrimonio le dará setenta y cinco mil, y como á la muerte del general y de la princesa Regina herederá otros dos millones, llegaría á tener ciento setenta y cinco mil.

— Pero ese Rappt es un indigno, un malvado, tío.

— ¿ Quién te dice lo contrario ?

— Que el general, que todo lo ignora, consienta en ese matrimonio, lo comprendo ; pero que la princesa permita que su hija se case...

— ¡ Oh, Dios mío ! eso se hace todos los días, amigo mío. Tú no puedes formarte idea de la pena que causa á los propietarios de una gran fortuna, el verla pasar á manos extrañas. Además, es preciso decir, que la pobre princesa se halla en un estado tristísimo ; padece una enfermedad nerviosa, que la tiene casi siempre en la cama ; ha llegado al extremo de no poder ya soportar la luz del día, de modo que vive en un crepúsculo eterno, comiendo conserva de rosas, respirando perfumes, y rodando los granos de su tchotky ; cosas todas que excitan singularmente los nervios. ¿ Quién dice que ella sepa siquiera que su hija se casa ?

— Pero, tío, ¿ y vos, que parecéis tan bien informado de esa trama, permitiréis ?...

— Es verdad, que por la marquesa de la Tournelle...

— ¿ Permitiréis con sangre fría que se cometa delante de vuestros ojos semejante crimen ?

— ¡ Bueno ! ¿ y á mi qué me importa ? pregunto. ¿ Con qué derecho me opondría á ello ?

— Con el derecho que tiene todo hombre honrado á desenmascarar un criminal.

— Para desenmascarar un criminal se necesitan pruebas. Luego, querido, no hay ley que castigue esa clase de crímenes, es decir, los verdaderos crímenes.

— ¡ Oh ! pero yo...

— ¡ Tú ! tú harás como yo, Petrus, mirarás obrar.

— No, no, no, ¡ pardiez !

— Tú dejarás que el diablo mezele la madeja de seda negra del conde Rappt, con la madeja de oro de la bella Regina, y aguardarás á que el diablo desate lo que haya atado.

Petrus lanzó un suspiro, que podía pasar por un gemido.

— Mira, amigo mío, continuó el viejo general, hay un proverbio que dice, que entre el árbol y la corteza no se debe meter el dedo, ó entre primos y hermanos nadie meta las manos; y es proverbio lleno de prudencia. Por otra parte, todo lo que á eso se refiere, comprenderás que no son más que rumores, se dice.

— ¡ Oh ! y ese hombre vive en el mundo como un gran señor, tiene una reputación...

— Exeerable.

— Lo que no le impide, tío, estar á la cabeza de un partido...

— Del partido jesuita. Ayudante de campo solamente, como en casa del general de Lamothe-Houdon.

— Ni que vaya ser ministro...

— Si le doy mi voto.

— Ni que vaya á casarse con Regina.

— ¡ Ah ! ese es su gran crimen.

— Tío, ese crimen no se consumará.

— Amigo mío, dentro de ocho días, la señorita Regina de Lamothe-Houdon será condesa de Rappt.

— Os digo, tío, que no se consumará, repitió Petrus levantándose vivamente:

— Y yo, dijo el general con una dignidad suprema, yo os digo, caballero, que vais á sentaros y escucharme.

Petrus volvió á dejarse caer, suspirando sobre su sillón.

Levantóse el general y fué á apoyarse en el respaldo del sillón, sobre el que estaba sentado su sobrino.

— Os digo, Petrus, continuó, que si bien en todo tiempo, así lo espero, os indignaría la acción de que se trata, hoy, sin embargo, os indigna más, porque amáis á Regina, y el asunto os toca de cerca. Ahora decidme, ¿ qué derecho tenéis á amar á Regina ? ¿ quién ha autorizado ese amor ? ¿ ella ? ¿ su madre ? ¿ su padre ? nadie. Sois un extraño introducido en la familia ; ¿ con qué derecho, pues, un extraño va á pesar en el destino de esa familia, en la que ha sido introducido ? ¿ Con qué derecho va á decir á una mujer, que sólo ha faltado, quizás por ignorancia de nuestras costumbres : ¡ sois una esposa adúltera ! Á un marido feliz, ignorante del pasado, seguro del porvenir : ¡ sois un marido engañado ! Á una hija que respeta á su madre y ama á su padre (porque nada dice que Mr. de Lamothe-Houdon no sea padre de Regina) : ¡ desde hoy vas á despreciar á tu madre, y á mirar á tu padre como á un extraño !

Vamos, sobrino mío, vos que os lisonjeáis de ser un hombre honrado, si hiciésteis eso, seríais un bribón infame, un avaro del temple de Mr. Rappt ; y no lo haréis, yo soy quien os lo digo.

— Pero, tío, ¿ qué sucederá ?

— Eso no os pertenece, dijo el general, eso pertenece á un juez mucho más justo y más severo que vos, un juez que sabe cómo han pasado las cosas, que lo ha visto todo

y todo lo ha oído, y que, estad tranquilo, un día ú otro, pronunciará su fallo: eso pertenece á Dios.

— Tenéis razón, tío mío, dijo el joven levantándose y tendiendo la mano al general.

— Y en esa última entrevista...

— No diré ni una palabra de lo que acabáis de referirme.

— ¿Bajo tu palabra de caballero?

— Bajo mi palabra de honor.

— Pues bien, abrázame, que aunque seas hijo de un pirata, creo en tu palabra como creería... como creería en la del pirata de tu padre.

Lanzóse el joven en brazos de su tío, cogió su sombrero y salió precipitadamente.

Se ahogaba.

CAPITULO XI.

UNA VISITA Á LA CALLE TRIPERET.

Al día siguiente de aquella tarde tan cruel para el pobre Petrus, era justamente el martes de Carnaval, día en que comienza nuestro libro, y en cuya mañana se ha visto al joven pintor tan displicente y tan misántropo.

Por desgracia, aquel día no tenía sesión; esto fué lo que le hizo proponer á sus amigos, en un acceso de misantropía, cuyo desarrollo y consecuencias hemos visto, aquella mascarada del mercado, con la que se abre nuestro relato.

Hemos visto que á fuerza de fatigas físicas había llega-

do Petrus, no á olvidar, pero sí á vencer la fatiga moral.

Había dormido un instante sobre la mesa de la taberna; pero no había tardado en despertarle la llegada de Canta-Lilas y de las lavanderas de Vanves.

Hemos visto cómo con la alegre tropa casi había vuelto á principiar la orgia; después, como al fin á las cinco de la mañana, se habian separado, Ludovico acompañando á Canta-Lilas y la condesa de la Pala á Bas-Meudón, y Petrus volviendo á la calle de Oeste.

Se recordará que á las instancias de Ludovico para que Petrus fuese á Bas-Meudón con la alegre tropa, Petrus se había contentado con responder en tono muy misántropico:

— No puedo, tengo sesión.

Esta sesión, cuya necesidad se había contentado con indicar, era aquella en la que se iba á decidir el destino de su vida.

La sesión se había fijado para la una.

Desde las nueve de la mañana estaba Petrus en la calle Plumet.

Había entrado en su casa, se había acostado, había intentado dormir; pero la soledad y el silencio le habian vuelto en sí, es decir, le habian devuelto la terrible tempestad de la mente y del corazón.

Mil proyectos diferentes cruzaban por su imaginación sin detenerse un instante. Iluminado por esa lámpara interior que se llama la inteligencia, á medida que iban apareciendo, los iba reconociendo Petrus como impracticables.

Habian llegado las nueve sin que se hubiese detenido en ninguno; su agitación no le permitía esperar más.

Había, pues, salido á las nueve.

¿Para qué?

¿Para qué aguarda dos horas antes de que se abra el golfo que va á tragarse en pos de su fortuna, su honor tal vez, el jugador que ha perdido su fortuna y que espera recobrarla?

Petrus, pobre jugador, que no tenía más que su corazón que jugar, había puesto en juego su corazón y lo había perdido.

Iba como un insensato, ora con paso rápido, ora deteniéndose sin motivo, de la calle del Monte Parnaso á la de Plumet, pasando por delante del palacio del mariscal, volviéndose por la de los Bordadores, calle de San Román, la de Bagneux, y entrando otra vez por la calle de Nuestra Señora á la del Monte Parnaso, de donde habían partido.

Entró en un café, no para desayunarse, sino para matar el tiempo; tomó una taza de café puro, é intentó leer los periódicos.

— ¡ Los periódicos ! ¿ Qué le importaban las noticias de Europa ? ¿ De qué interés eran para él las discusiones de la Cámara ? Ni aun comprendió cómo se podía manchar tanto papel para decir tan poco.

La taza de café puro y los cinco ó seis periódicos que miró por encima Petrus, le condujeron hasta las once de la mañana.

Al dar las once en los Inválidos se puso en camino.

Aun tenía que aguardar dos horas.

Tomó entonces un gran partido.

Dar un paseo bastante largo para que le hiciese perder una hora.

Pero ¿ adónde iría Petrus ?

En ninguna parte tenía que hacer más que en el palacio del mariscal, y aún faltaban lo menos hora y media para poder presentarse en él.

De repente se le vino á la memoria aquella historia de la hada Carita.

¡ Aquella niña que había estado enferma, aquella pequeña Rosa de Noel, á quien había cuidado Regina !

Tenía necesidad de hacer un croquis cerca de ella para el cuadro que contaba hacer con arreglo al relato de Abeja, y cuyo croquis había hecho, inventando una figura según la descripción de la niña.

Era un objeto de viaje.

Había, en efecto, casi un viaje desde los Inválidos á la calle Triperet.

Petrus subió el boulevard hasta la calle del Olmo, tomó la de las Marionettes, la de Arbalette, la Gracieuse y se encontró á la extremidad de la calle Triperet.

Ignoraba el joven el número de la casa que buscaba; pero la calle no tiene más que una docena de casas; fué, pues, de puerta en puerta preguntando dónde vivía la *Brocante*.

En una de las casas (en el número 44) nada pudo preguntar, atendido á que no encontró á nadie á quien dirigir sus preguntas; pero en la forma del pasillo, en la obscuridad del corredor, en la suciedad de la escalera, creyó que había llegado al fin de su carrera.

Pasada la resbaladiza escalera, se encontró enfrente de una puerta grosera, pero sólidamente cerrada por dentro.

Llamó con cierta vacilación, á pesar de la descripción exacta que se le había hecho de las localidades; le parecía difícil que se alojasen criaturas humanas en semejante chirimibil.

Pero apenas se oyó el ruido que hizo su dedo en la puerta, cuando se dejaron oír los ladridos de una docena de perros

Entonces comenzó Petrus á creer que no se había equivocado.

En una pausá que hicieron los perros, una vocécita dulce preguntó armoniosamente :

— ¿Quién está ahí?

Petrus no aguardaba aquella pregunta; así que respondió instintiva é ingenuamente el simple monosilabo :

— Yo

— ¿Y quién sois vos? preguntó la voz dulce.

Petrus, pronunciando su nombre, nada nuevo enseñaba á la que le preguntaba; ocurrióle pues la idea de emplear el nombre de la señorita de Lamothe-Houdon, á título de credencial.

— Uno que viene de parte de la hada Carita.

Rosa de Noel, porque era ella, lanzó un grito de alegría y corrió á abrir la puerta.

Abierta la puerta, se encontró enfrente de Petrus, a quien no conocía.

Petrus, al contrario, la reconoció al instante.

— ¿Sois Rosa de Noel? dijo.

Su mirada, en efecto, habia abrazado á la primera mirada, mirada de pintor, el conjunto del chiribitil.

En primer término, delante de él, estaba la joven con un traje de tela cruda retenido y plegado en derredor de la cintura por un cordón, con los pies desnudos, y en la cabeza un velo rojo.

Sobre la viga, en segundo término, estaba la corneja graznando, medio inquieta, medio alegre.

En fin, en las profundidades del granero, excediendo el borde de su canasta, las cabezas de los perros, ladrando, aullando y gruñendo.

Era el cuadro dibujado por la pequeña Abeja.

— ¿Sois Rosa de Noel? preguntó Petrus.

— Sí, señor, respondió Rosa de Noel, ¿venis de parte de la princesa?

— Es decir, hija mía, respondió Petrus mirando á la pintoresca criatura que tenía delante, es decir, que vengo para que entre los dos le demos una sorpresa.

— ¿Una sorpresa! ¡Oh! de buena gana; ¿una sorpresa que le dé placer?

— Ya lo creo.

— ¿Cuál?

— Soy pintor, hija mía, y quisiera hacer para ella un retrato vuestro.

— ¿Un retrato mío, qué gracioso! ya hay tres ó cuatro pintores que quieren hacer mi retrato; sin embargo, no soy hermosa.

— Al contrario, hija mía, dijo Petrus, sois encantadora.

La niña meneó la cabeza.

— Sé muy bien cómo soy, dijo, tengo un espejo.

Y enseñó á Petrus un fragmento de espejo que la Brocante habia encontrado en la calle, ejerciendo su oficio de trapera.

— ¿Y qué? preguntó Petrus.

— ¿Qué? dijo Rosa de Noel.

— ¿Queréis que haga vuestro retrato?

— ¡Diantre! dijo la niña, eso no me pertenece á mi, sino á la Brocante.

— ¿Qué ha respondido á los otros pintores?

— Siempre se ha negado,

— ¿Sabéis por qué?

— No.

— ¿Y creéis que se negará á que lo haga yo?

— ¡Diantre! no sé. Tal vez con una palabra de la princesa...

— Pero yo no puedo pedir una palabra á la princesa, puesto que quiero retrataros para sorprenderla.

— Es verdad.

— Pero veremos si ofreciéndole dinero.

— Se lo han ofrecido.

— ¿Y ha rehusado?

— Sí.

— Le daré veinte francos por una sesión de dos horas, que vendrá á pasar con vos al taller.

— Rehusará.

— ¿Cómo hacer entonces?

— No sé.

— ¿Dónde está?

— Ha salido á buscar una habitación.

— ¿Vais á dejar esta buhardilla?

— Sí, lo quiere Mr. Salvador.

— ¿Quién es ese Mr. Salvador? preguntó Petrus admirado de encontrar el nombre de su compañero nocturno en boca de Rosa de Noel.

— ¿No conocéis á Mr. Salvador?

— ¿Habláis del mandadero de la calle de Eers?

— Justamente.

— ¿Le conocéis pues?

— Es mi buen amigo que vela por mi salud, y se inquieta si me falta algo.

— Y si Mr. Salvador permite que haga vuestro retrato, ¿lo permitirá también la Brocante?

— La Brocante hace todo lo que quiere Mr. Salvador.

— Entonces es preciso que me dirija á Mr. Salvador.

— Es lo más seguro

— ¿Pero no os contraría el que haga vuestro retrato?

— ¿Á mí? al contrario.

— Entonces, ¿eso os agrada?

— Mucho: me haréis muy linda, ¿no es verdad?

— Os haré como sois.

La niña meneó la cabeza.

— No, entonces no quiero, dijo.

Petrus miró su reloj.

Era mediodía.

— Arreglaremos todo eso con Mr. Salvador, dijo.

— Sí, dijo Rosa de Noel; ¡Oh! que Mr. Salvador lo permita, y la Brocante no se atreverá á negarse.

— Os digo que está bien, y que además será bien pagada.

Rosa de Noel hizo un movimiento de labios, que quería decir:

— No será eso lo que me decidan.

— ¿Y vos? preguntó Petrus, ¿qué deseáis que os dé?

— ¿Yo?

— Sí, en recompensa, de dejarme hacer vuestro retrato.

— ¡Oh! grandes trozos de seda encarnada ó azul con hermosos galones de oro.

Sencilla como una niña de la Bohemia, la pequeña Rosa de Noel amaba los colores brillantes y los oropeles.

— Todo eso tendréis.

E hizo un movimiento hacia la puerta.

— Aguardad, dijo Rosa de Noel.

— ¿Qué?

— No le digáis que me conocéis.

— ¿Á quien?

— Á la Brocante.

— No.